

VISTO Y OIDO

Se salvó por unos versos

por PREMIANI



Los MÉDICOS INDIOS NAVAJOS

ATIENDEN A SUS ENFERMOS EN CHOZAS
QUE NO CONTIENEN MÁS QUE UNOS DI-
BUIOS CABALÍSTICOS en el SUELO.
HACEN DESCIFRAR A SUS ENFERMOS TA-
LES DIBUIOS, Y NO LES PRACTICAN
OTRA CURA.



FRANÇOIS DE VILLÓN, uno de los más
GRANDES POETAS FRANCESES, ESTUVO CONDENADO A
MUERTE POR HOMICIDIO, Y SE SALVO EN GRACIA A UNOS
VERSOS MAGNÍFICOS.



La CONVENCIÓN FRANCESA
HIZO SACAR del PANTEÓN
los RESTOS DE

MIRABEAU
Y PONER LOS de

MARAT. EN 1795 SE SEICARON los de MARAT y se RESTITUYERON los de MIRABEAU.



De 1816 a 1821 SE JUGÓ en BUENOS AIRES la LOTERÍA DE LAS HERMANAS CARIDAD.

CON UN PREMIO MAYOR de 500 \$, VENDIAN en las ESQUINAS
los BILLETES UNOS DESCUADRADOS QUE SE LLAMABAN LOTEROS.
LOS BILLETES ESTABAN ESCRITOS A MANO. LA LOTERÍA SE SORTEABA
los MARTES en la PLAZA VICTORIA.



Las CATARATAS del IGUAZÚ

TIENEN 11 METROS MÁS DE
ALTURA QUE LAS DEL
NIAGARA

La Aldaba Trágica

nente para aferrarse a su cerebro como una garra monstruosa.

de Sorazábal

ILUSTRACION DE GUEVARA

est

por

ENRIQUE
GARCIA
RODRIGUEZ

EL CAPITÁN DE LAS OSCURAS AVENTURAS

MARINO Lampazo guiaba su camión por Cangallo en dirección al centro a toda velocidad. Como avista a un frente un par de cuerdas libres de tráfico no tuvo el primer bicho para detenerse a tiempo cuando a la altura del 1100 vio que una mujer, saliendo de la calle para entrar, seguramente, a otra de la acera opuesta.

Sus locuaces faros iniciales. —¡Eh! ¡Eh! —gritó el pobre hombre, por fin, desatendido. El choque se produjo, fatalmente. Sonó un grito, y se agolpó entre los curiosos.

A Marino Lampazo le condecoraron a la lección. El pobre hombre se lamentaba como un niño. —¡Yo, yo me! —glosaba. —¡Ha sido imprudente, señor! ¡Ha sido una locura! ¡Nadie hubiera podido evitarlo! ¡Tengo miedo a ellos...

Por otra parte, como un renombrado, Basilio La Dufaur, profesor de egrina, se encontraba poco momentito después a la misma seccional. —Soy autor de un crimen... El oficial de guardia lo miró estupefacto. —¿De qué crimen? —le preguntó.

—El crimen de la Sufa de teracota, Nora, la muerta, estaba defuera... Con opio... Su mujer... era guapa, la muerta favorita, que tanto le gustaba. Yo la maté, desde lejos... Opio... ¿comprende?

El oficial no comprendió nada, pero como medida precaucional lo mantuvo detenido. Se indagó el caso. Los testigos aseguraban que el accidente que le costó la vida a la pobre Nora había sido puramente casual. Basilio, sin embargo, sumido en una especie de semiconsciencia, no dejaba de balbucear: —Ella estaba dormida... Yo la maté desde lejos, con mi maquina...

El opio, de igual modo que agranda si nos hallamos bajo su influencia, el efecto de lo exterior de nuestro ánimo (espaldas que se vuelven ocultas, una ligera de mujer que nos asusta un harén, una rosa cuyo perfume nos transporta a los jardines colgantes, un chachero ajustado que nos oprime el pecho con un peso de mil toneladas) asimismo agranda ese retimiento de las cosas en las cuales nos hemos identificado por cariño, o otro motivo, hasta el punto de que, aunque no las tengamos delante, cualquier daño o beneficio hecho a ellas repercute en nosotros instantáneamente.

Justamente el proveedor Yong Yan, un chino diminuto, bien pensante, en ese momento mientras marchaba preocupadamente por la calle inconsciente en dirección al centro, en los extraños efectos de "canallas indias", de su propiedad, sobre todo, de hiperinteligencia el organismo humano, en uno u otro sentido... En el placer o en el dolor...

Mucho tiempo antes nos quejaban —pensaba Yong Yan— porque el opio no lo hace soñar bien... Como el "Nava-mek" que vende Yong no fue el mismo que usa el Mikiel? No era, por supuesto el Nirvana reencarnante, era ocio integral de los sentidos, entretenido a través de las novelas; por el contrario, dotaba a los seres de una impreconsciente capacidad de sufrir la influencia de un maremoto en la Luna, a miles de kilómetros de distancia.

—¡Hola, Yong! El nombrado se detuvo de golpe. —¿Te alarmas, demonio, soy yo...?

Yong respondió. Era vigilado de cerca; los perseguidos iban a dar de reunir pruebas. El desconocido volvió a hablarle. —¿Vienes de allá?

Era una referencia al fumadero. Yong asintió. —¿Llévate mucho?

—¡Bravo! Pero, no me importa eso. Dime... la Nora está allá?

El chino titubeó; sus ojos rasgados dejaron escapar una chispa de recelo. —Mira, Yong... Necesito saber la verdad... ¿habías el otro?

—Nora frecuenta el fumadero... La he visto allí... una vez... Una vez no más?

—No. Este. Varias, dos o tres veces... —¿Sola?

—¡Ah! Bueno; ya lo ves. Adios. Yong Yan, al ver alejarse al chino...

—¡Pobre don Basilio! Basilio La Dufaur, profesor de egrina, estaba celoso como un musulmán. Desde algunas noches trataba de dar con el pa-

drero de su compañera, a la que a maba apasionadamente. Pero no se animaba a dar cuenta de su desaparición a Investigaciones.

—Yo la indago, yo mismo la indago... ¡Mal rayo me parta! El terrible vicio del opio le había adueñado de Nora desde una vez en que Basilio la llevaba a visitar el fumadero de Yong Yan. Ahora él pagaba las consecuencias.

Basilio La Dufaur echó a andar hacia el fumadero. La reciba estaba llena de gente. Se abrió paso a duras penas, y llegó hasta una finca del Pucro Colón. Echó un vistazo a los alrededores, y se metió adentro. A través del zaguán, después un patio de inequívoco, salió luego por una escalera angosta de madera y llamó a una puerta con una docena de golpes.

Al entrar, dos detalles, que ya le eran conocidos, volvieron a llamar la atención como la primera vez: las paredes, totalmente empapeladas con hojas de revistas donas se representaban hombres y mujeres semidesnudos, y la cantidad de almohadillas "disminuidas" por almohadillas "disminuidas" en el suelo, echos los brazos, encima de la mesa... Era la leona "mía" era solista, necesaria para favorecer las gráficas alucinaciones de los tertuleros.

Para excepción del chino que le abrió la puerta, no encontró absolutamente a nadie: era como si hubiese volado un cándido

para penetrar a una pieza donde se hubiera cometido un crimen, clausurado en un cuarto de la legada del jur.

Estaba a punto de retirarse, cuando se acordó de que los clientes más o menos distinguidos ocupaban una habitación contigua, cuyo acceso estaba simulado por el empapelamiento de la primera.

—A ver la otra, opio. El chino empujó extra puerta, simulada convenientemente, y penetraron ambos en una estancia recubierta de capotes, pero de dimensiones mucho más reducidas y que se hallaba armada en una penumbra color naranja; los espejos le daban una extensión ilimitada. El chino, mediante señas, le advirtió que anduviera con mucho sigilo. Un tropezón, un choque brusco, eran suficiente para determinar, tal vez, un accidente grave... Basilio empezó a vislumbrar los perfiles de unos buhos, hombres y mujeres, tendidos sobre almohadones. Se acercó ansiosamente a la primera; decoró con mucho cuidado una mesa que le oscurecía el mentón y parte de la boca. No en Nora. Repitió por tres veces la operación, con otras tantas dormientes, y pasó!

Volvía a la primera habitación, y recién interrogó al chino. —¿Ha visto a Nora?

—¡Sola! —¡Dúpala?

—¡Sí... algo. Basilio se lanzó a la calle. Estaba por volverse hacia la izquierda, cuando se acordó de que había ido colgada en ese trauco, la falta que le representaba esa mala...

—¡Habría sido a la casa, seguramente. La "vasta" era el departamento que ocupaba antes en unos altos de la calle Cangallo.

Basilio, impaciente, subió a un automóvil. No hizo se detuvo el taxi, pero apresuradamente, y por no esperar el ascensor, subió corriendo la escalera. Era en el primer piso. Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces.

—¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.

Entró a la sala como un ciego. Ella no estaba. Llamó a voces. —¡Nora! ¡Nora!... Nadie. Basilio salió a la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio la ausencia de la seriedad. Acercósele un improvisado deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas.



Hay cincuenta pesos por un lado; y por el otro, el allanamiento a la madriguera, contiguo y los otros... Elige. —¿Lo que te quieras, Fu-Yi-Nam? El otro, antes de decidirse a contestar, se rasó la frente. ¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!

—¡Acuérdese de que relaciones andaba Nora con Yong Yan. —¡Fu-Yi-Nam le dijo: —¡Maldito!



PARCECE UN MURCIELAGO CAOTICO. ES EL HIPOPODAMI ISOSCELES. GRRR!



AGUS LUSTRAL. YO SOY UN HOMBRE ENERGI- Y DE PELO EN PECHO. NO ME HABLE AL TIRO. AHORA LES ENSEÑARE EN TRES TIEMPOS RITMICOS.



EL BURRO INQUISIDOR. ¿SABES QUE ES DUSTED UN RICO TIPO? ¡SI ESTOY POBRISIMO! ESO ES MISCELANICO. GRRR!



SIGUEN LAS BRONCAS MALASIAS. ¿SABES UN CUENTO GRIEGO? COMO LE DECIA, EL CERO ES UN MEDIO NUMSMATICO. MALDICON!



AGUS LUSTRAL. QUERO LA CABEZA DE LOS CEBOLLITAS. OH! HUI!



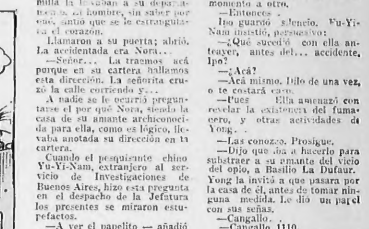
AGUS LUSTRAL. QUE PIERNA HACER? BLANCO EN DOS CEBOLLITAS PALIDOS.



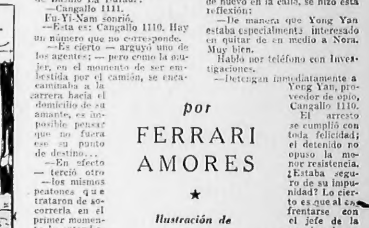
AGUS LUSTRAL. SE APROXIMA LA HORA DE LAS REMINDICIONES. ESO ES TIENE MAL IMPERTI-GENIO! TE METAS Y SOPAPOS A LA DERIVA.



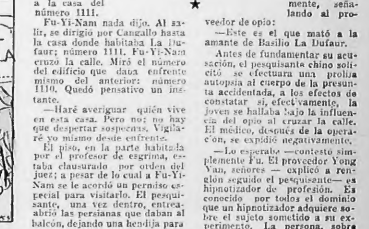
AGUS LUSTRAL. TIENEN PEZUNAS LAS ABEJAS? ¿COMEN DURAN LAS MARCHAS?



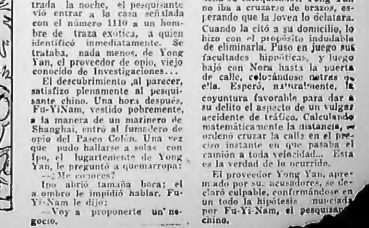
AGUS LUSTRAL. ¿SABES UN CUENTO GRIEGO? COMO LE DECIA, EL CERO ES UN MEDIO NUMSMATICO. MALDICON!



AGUS LUSTRAL. ¿SABES UN CUENTO GRIEGO? COMO LE DECIA, EL CERO ES UN MEDIO NUMSMATICO. MALDICON!



AGUS LUSTRAL. ¿SABES UN CUENTO GRIEGO? COMO LE DECIA, EL CERO ES UN MEDIO NUMSMATICO. MALDICON!



EL HERMANO DEL DIABLO

El misterioso personaje histórico. Por ejemplo, Alejandro Dumas, en su novela "Angé Pitou", lo representa como un aventurero vulgar. Muy al contrario, el escritor demuestra a las claras su simpatía y su respeto a Cagliostro y hasta cierta veneración.

La dama en cuestión era Lorenza Feliciani, oriunda de Roma, esposa legítima de Giuseppe Balsano.

Por espacio de muchos años Lorenza acompañaba siempre a su esposo en sus misteriosos viajes por el mundo. El matrimonio ha recorrido Italia, España, Francia, Inglaterra, Bulgaria, Alemania y Rusia.

De estas palabras, Casanova hace la conclusión que la bella desconocida no pertenecía a la alta sociedad italiana, pues, en aquella época, bastaba a la aristocracia romana la más reticada de todas, daba a sus hijas una educación, aunque sea la más rudimentaria.

El último error cometido por Cagliostro, que resultó ser fatal para él, consistió en que, siendo ya mundialmente famoso, se atrevió a aparecer en Roma, ciudad a la que no le convenía ir.

Sucedió esto en el año 1790, época muy turbulenta para Roma. La reciente revolución francesa se consideraba muy peligrosa por los Papas. Tanto estos como la orden de los Jesuitas, prevenían la aproximación de la tormenta revolucionaria que, en realidad, no tardó en desencadenarse en 1793. Y el Vaticano estaba bien enterado acerca de las relaciones que mantenía Cagliostro con muchas personas que tenían parte activa en la Revolución Francesa.

Al principio del proceso de Cagliostro, Lorenza fue escuchada en la prisión, finalmente, en el monasterio de San Apollonia. Pero una vez pronunciada la sentencia, la dejaron en libertad, dándole permiso para volver a la casa familiar. Pero por más extraño y misterioso que parezca, la escandalosa joven que tanto ansiaba la libertad, se negó a salir del convento. Trece años más tarde, unos cuantos meses antes de la muerte de Cagliostro, Lorenza falleció en el monasterio que le servía de prisión.



Antes de casarse, el conde Cagliostro ha visitado los palacios del Oriente y, según él mismo lo afirmaba repetidas veces, recibió allí en las ciencias ocultas, adquiriendo conocimientos misteriosos. Se convirtió en un profeta, capaz de predecir el porvenir, en un médico, capaz de efectuar curas a milagrosos, por medio de medicinas desconocidas a los facultativos europeos, y se enteró del secreto de convertir en oro los metales ordinarios y del de fabricar el élixir de la eterna juventud.

Desde que el "conde" apareció en Roma, fue estrictamente vigilado. Y para como de una desagradable, Cagliostro se portaba de una manera muy preocupada, y muy a menudo, en sus conversaciones, dejaba traslucir su actividad, dando abundante material para la acusación.

Los amigos de Cagliostro le prevenían que corría un gran riesgo, aconsejándole que huyera de Roma. Pero el conde no les hacía caso, diciendo: —El Papa no se atreverá a

Por el gran mazo se había equivocado. Lo han llevado preso y sometido a un proceso judicial, asistido de jurados, de haber armado un complot contra la Santa Iglesia, de haber tomado parte en las sociedades políticas clandestinas, de haberse dedicado a la magia negra, etc., etc. El Tribunal de la Inquisición lo ha condenado a la muerte.

En Roma existía, hasta la fecha, la leyenda que dice que siendo aún un modesto oficial desconocido, Napoleón, encontró a un misterioso personaje que viajaba de incógnito en compañía de su hermosa esposa.

N O cabe la menor duda de que la figura más interesante y misteriosa del fin del siglo XVIII es el famoso "magoo hebreo y brujo" Cagliostro, o Giuseppe Balsano.

La vida de este hombre, que en todo sobresalía del nivel de la vida común, estaba rodeada de misterios. Sus correrías por el mundo están envueltas en una aureola mágica y misteriosa. Sus relaciones, tanta como su sabiduría, eran misteriosas. En realidad, hasta la fecha no sabemos a ciencia cierta, qué clase de persona era Cagliostro.

Los sabios de hoy en día consiguen juzgar a Cagliostro con más benevolencia. Los grandes descubrimientos hechos en el mundo de las ciencias, en los últimos años, nos dan la posibilidad de juzgar desde un punto de vista diferente muchas cosas que en la época en que vivía Lorenza, se consideraban mágicas y truenos falsos. Por ejemplo, el hipnotismo explica satisfactoriamente muchos experimentos que hacía Cagliostro y, que para sus contemporáneos, parecían actos del diablo. Otro asombroso, que se hizo

La vida de este hombre, que en todo sobresalía del nivel de la vida común, estaba rodeada de misterios. Sus correrías por el mundo están envueltas en una aureola mágica y misteriosa. Sus relaciones, tanta como su sabiduría, eran misteriosas. En realidad, hasta la fecha no sabemos a ciencia cierta, qué clase de persona era Cagliostro.

La vida de este hombre, que en todo sobresalía del nivel de la vida común, estaba rodeada de misterios. Sus correrías por el mundo están envueltas en una aureola mágica y misteriosa. Sus relaciones, tanta como su sabiduría, eran misteriosas. En realidad, hasta la fecha no sabemos a ciencia cierta, qué clase de persona era Cagliostro.

La vida de este hombre, que en todo sobresalía del nivel de la vida común, estaba rodeada de misterios. Sus correrías por el mundo están envueltas en una aureola mágica y misteriosa. Sus relaciones, tanta como su sabiduría, eran misteriosas. En realidad, hasta la fecha no sabemos a ciencia cierta, qué clase de persona era Cagliostro.

La vida de este hombre, que en todo sobresalía del nivel de la vida común, estaba rodeada de misterios. Sus correrías por el mundo están envueltas en una aureola mágica y misteriosa. Sus relaciones, tanta como su sabiduría, eran misteriosas. En realidad, hasta la fecha no sabemos a ciencia cierta, qué clase de persona era Cagliostro.

La vida de este hombre, que en todo sobresalía del nivel de la vida común, estaba rodeada de misterios. Sus correrías por el mundo están envueltas en una aureola mágica y misteriosa. Sus relaciones, tanta como su sabiduría, eran misteriosas. En realidad, hasta la fecha no sabemos a ciencia cierta, qué clase de persona era Cagliostro.

La vida de este hombre, que en todo sobresalía del nivel de la vida común, estaba rodeada de misterios. Sus correrías por el mundo están envueltas en una aureola mágica y misteriosa. Sus relaciones, tanta como su sabiduría, eran misteriosas. En realidad, hasta la fecha no sabemos a ciencia cierta, qué clase de persona era Cagliostro.

La vida de este hombre, que en todo sobresalía del nivel de la vida común, estaba rodeada de misterios. Sus correrías por el mundo están envueltas en una aureola mágica y misteriosa. Sus relaciones, tanta como su sabiduría, eran misteriosas. En realidad, hasta la fecha no sabemos a ciencia cierta, qué clase de persona era Cagliostro.

La vida de este hombre, que en todo sobresalía del nivel de la vida común, estaba rodeada de misterios. Sus correrías por el mundo están envueltas en una aureola mágica y misteriosa. Sus relaciones, tanta como su sabiduría, eran misteriosas. En realidad, hasta la fecha no sabemos a ciencia cierta, qué clase de persona era Cagliostro.

La vida de este hombre, que en todo sobresalía del nivel de la vida común, estaba rodeada de misterios. Sus correrías por el mundo están envueltas en una aureola mágica y misteriosa. Sus relaciones, tanta como su sabiduría, eran misteriosas. En realidad, hasta la fecha no sabemos a ciencia cierta, qué clase de persona era Cagliostro.

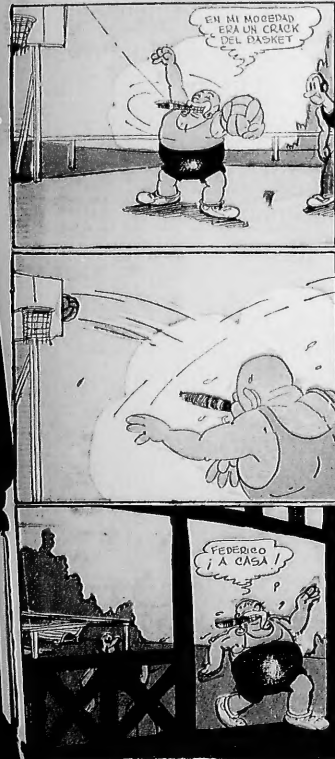
La vida de este hombre, que en todo sobresalía del nivel de la vida común, estaba rodeada de misterios. Sus correrías por el mundo están envueltas en una aureola mágica y misteriosa. Sus relaciones, tanta como su sabiduría, eran misteriosas. En realidad, hasta la fecha no sabemos a ciencia cierta, qué clase de persona era Cagliostro.

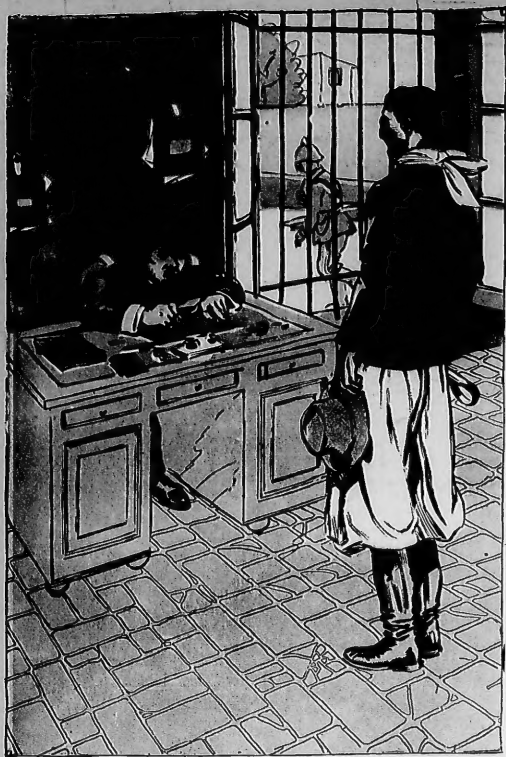
La vida de este hombre, que en todo sobresalía del nivel de la vida común, estaba rodeada de misterios. Sus correrías por el mundo están envueltas en una aureola mágica y misteriosa. Sus relaciones, tanta como su sabiduría, eran misteriosas. En realidad, hasta la fecha no sabemos a ciencia cierta, qué clase de persona era Cagliostro.

La vida de este hombre, que en todo sobresalía del nivel de la vida común, estaba rodeada de misterios. Sus correrías por el mundo están envueltas en una aureola mágica y misteriosa. Sus relaciones, tanta como su sabiduría, eran misteriosas. En realidad, hasta la fecha no sabemos a ciencia cierta, qué clase de persona era Cagliostro.

La vida de este hombre, que en todo sobresalía del nivel de la vida común, estaba rodeada de misterios. Sus correrías por el mundo están envueltas en una aureola mágica y misteriosa. Sus relaciones, tanta como su sabiduría, eran misteriosas. En realidad, hasta la fecha no sabemos a ciencia cierta, qué clase de persona era Cagliostro.

El Nuevo Rico por H. Rodríguez





Cortando Campos

En aquel pueblucho del Sur de la provincia se decía la vida de sus pobladores con la misma monotonia y característica de los otros pueblos similares. El movimiento comercial, algo escaso, se defendía con la exportación de los productos ganaderos y las cosechas de cereales, cuando el tiempo no las malograba.

Pero, en el orden político, la vida ciudadana estaba a merced de su caudillo que, en este caso, se caracterizaba en el comisario Farias. Era este petulante, en su estampa y en sus procedimientos, el prototipo de los despotas seminababatos, de los que por desgracia quedan algunos ejemplares por nuestra campaña, siendo un baldón para nuestra política criolla, como algunos dan en llamarla despectivamente.

El chino Farias — como así se le llamaba — llegó allí "del pueblo grande", según dicen sus pobladores, antes de las dos últimas elecciones y, desde entonces, todo marcha a capricho y dominio de su capricho: el juez de paz.

Desde entonces, la justicia y la tranquilidad son un mito en aquel lugar, máxime cuando está en auge el padrón electoral, donde se ha de hacer triunfar al candidato impuesto por la liliación política de estos dos personajes, que hacen presión sobre los ciudadanos que aspiran a la libertad del sufragio.

Entre aquellos pocos ciudadanos que sostenían esos principios se encontraba el resero Braulio. Era éste un tipo de criollo bien plantado y fuerte, con todas las dotes del antiguo gaucho. Noble y generoso. Poseía alguna instrucción correcta, adquirida en sus tantas correrías por todos los pueblos de la República, en su misión de llevar hacienda de un punto a otro.

Más tarde, después de sus andanzas por esos campos de nuestra pampa, contrató con el hacendado Godoy, quien, apreciando las cualidades personales y profesionales, decidió tenerlo para su exclusividad, con el objeto de que le trasladara los vacunos al punto de venta, encargándose también de la doma, durante su estadía en la estancia, mientras le hacían aparte de las reses.

Así fue donde conoció a Rosalinda, hija de un vecino, unido, — criollita hercúlea, que unía a una tarde, a los cabellos negros de un hombre y en los ojos de una mujer, — brindaba un matiz, mientras que el abordo todos los

BRUNO GOMEZ

Ilustración de Rechin



